

# **EL SEÑOR CORONEL**

Manuel Moreno Barranco

Madrid, Abril 1958

París, Octubre 1959

## EL SEÑOR CORONEL

**Manuel Moreno Barranco**

Yo era médico de la familia Bárcenas desde hacía dos años, que era el tiempo que llevaba establecido en Laverna. Una tarde, mientras estaba plantando unas dalias en el jardín —porque los laverneses son tan sanos de cuerpo que dejan mucho tiempo libre a sus médicos—, me llamó mi madre desde una de las ventanas del comedor. Tenía el teléfono en la mano.

Yo dejé el almocafre enseguida, pues creo que a veces puede ser algo urgente. Aparte de que la frecuencia mayor con que me llaman es para recetar sobre un buen catarro o una buena indigestión, que son los males que atacan por lo regular a mis clientes de costumbre.

Pero esta vez se trataba de algo distinto. Estaba al teléfono un criado del coronel Bárcenas. Su voz, que yo notaba bastante nerviosa, me comunicó que su señor acababa de sufrir un ataque y había arrojado gran cantidad de sangre. Se había metido en cama, encontrándose muy débil. Yo le dije que iba corriendo y le recomendé que avisara a la familia. El anciano vivía solo, teniendo dos criados para su servicio.

Mi madre, experta en estas cuestiones, me tenía ya preparado el maletín y la ropa, que me endosé en un santiamén, saliendo disparado.

Soy aún bastante novato en el oficio y no me he acostumbrado ni creo que me acostumbraré nunca a escuchar con calma las voces angustiadas que me llaman con urgencia, como creo que hacía don Floro, —el antiguo médico de los Bárcena—, ya demasiado viejo para seguir ejerciendo. Además a mi impaciencia de ahora se agregaba gran interés en conocer de cerca al viejo coronel. Aunque desde el principio de mi estancia en el pueblo había trabado íntima amistad con el matrimonio compuesto por Laura Robredo y Arturo Bárcenas, no había tenido ocasión de tratar al ejemplar interesante de la familia, el viejo coronel.

Le había visto algunas veces en el casino y había oído hablar bastante de él, casi siempre mal. Claro, en una ciudad pequeña como Laverna —veinte mil habitantes, tres médicos y un censo de defunciones ridículo—, el viejo tenía que ser inevitablemente un personaje.

Mientras caminaba lo más aprisa posible en dirección a la casa, saludando distraídamente a amigos y conocidos, mi curiosidad, estimulada por la asistencia que iba a hacer, rememoraba todo lo que había oído hablar sobre mi futuro paciente.

Según se rumoreaba, el coronel había sido una figura bastante destacada en la capital durante los cinco años anteriores a su venida a Laverna. Antes había estado en las islas de ultramar y África. Hacía diez años que se había afincado en el pueblo, llamado por su hijo, un mediocre abogado que había escogido el campo provinciano para afilar sus armas, antes de entrar en el duro perímetro forense de la capital.

El padre había comprado algunas fincas en el pueblo, decidido por lo visto a vivir allí el resto de sus días. Llevaba una vida muy sencilla y retraída, únicamente fortalecida por la buenas partidas de juego que organizaba en el casino en compañía de Juan Marchel, el mayor ganadero de la provincia, y Dioni Santangel, otro ricachón empedernido. Por otra parte, cuando se le preguntaba sobre si se quedaría en Laverna para siempre, lo afirmaba rotundo, diciendo con cierta burlona bonachonería que sólo deseaba descansar y vivir decentemente de los ahorros adquiridos en la profesión. Aquí es donde la gente empezaba a murmurar. Todo el mundo sabía que la magnífica casa que llevaba el mantenimiento de un tren lujoso, las fuertes partidas de juego que eran la comidilla del pueblo, no podían salir únicamente de los ahorros de un hombre que había llegado a coronel cinco años antes de retirarse. Algo turbio se manejaba oculto en aquella vida que transcurría tan plácida como ahora y que sólo vibraba intensamente en las frecuentes partidas de juego del casino “Ramitos”. Tenía el coronel una elegante sencillez de modales y un empaque finamente orgulloso que cautivaba a unos y desagradaba a otros, que afirmaban el templo aventurero y sin escrúpulos del viejo militar. Se hablaba de suministros robados descaradamente a la tropa, de saqueos en las poblaciones norteñas del África, y más tarde, en Filipinas y en la otras de ultramar, de una colaboración decidida en la turbia leyenda que ha pesado sobre tantos altos jefes de la milicia española. Se susurraba de una fortuna amasada allende el mar por los medios más ilícitos, como un residuo de las viejas piraterías caribescas, encuadrado desde luego dentro de la organización miliar, con planteamiento de abusos justificados por el uso. Nadie podía aducir pruebas, pero todos sabían algo inconcreto y en el saludo que se prodigaba copioso al coronel había tanto el reconocimiento a un hombre socialmente bien situado, como el deseo de querer verlo algún día deponer su tono orgulloso por quién sabe qué misterioso hachazo de justicia. ¿Habría llegado ya quizá?

La casa donde vivía era un bonito chalet con un gran jardín delante. En la verja me esperaba Basilio, el criado que me había avisado. Era un hombre maduro que había entrado hacía poco al servicio del dueño de la casa.

— ¡Cómo está ahora? —le pregunté, mientras me abría.

—El señor ya no está tan agitado. Está mucho más tranquilo... Pero ¡qué mal rato nos ha hecho pasar! —añadió, secándose el sudor mientras caminábamos en dirección a la casa— Están ahí sus hijos, la señorita Laura y el señorito Arturo... Bueno, usted ya sabe que son matrimonio... No me dio tiempo a avisarlos. Venían a visitar al señor y lo encontraron acabado de pasar el ataque.

Ya en la casa, se adelantó para avisar mi llegada. Salió a recibirme Laura. Era una mujer de unos treinta y cinco años, amable y eficiente. Traía un gesto serio y

preocupado, y me explicó con brevedad, mientras me introducía al dormitorio de don Fernando, que éste había tenido un ataque bastante fuerte, acompañado de una buena hemorragia. Ellos había venido a verlo para una cuestión de negocios y había tropezado con aquel inesperado espectáculo. El ataque lo había sorprendido en el cuarto de baño, que el coronel, afortunadamente, dejaba siempre abierto.

Entramos en el amplio dormitorio, sumido en una media luz. En la rápida ojeada que había podido echar sobre la casa, vi que estaba montada con ostentación. El dormitorio se encontraba también recargado. Hice que abrieran una de las ventanas y me dispuse a reconocer al enfermo. Arturo, el hijo, estaba sentado en una silla junto a la cama, con la cara entre las manos. Don Fernando estaba lívido y respiraba con dificultad. El ataque tenía que haber sido extraordinariamente violento. Los ojos se destacaban con brillante profundidad en medio de la palidez ocasionada por la pérdida de sangre. Me acompañaron obsesivos durante el reconocimiento, mientras lo auscultaba y le hacía las preguntas propias del caso, a las que contestó con una apagada indiferencia. Por ciertas palabras que se le escaparon deduje que siempre había considerado la muerte como una compañera lejana que algún remoto día se presentaría. Ahora, debido a aquel brutal ataque, la amenaza de morir se le había presentado con toda su fría y descarnada lucidez.

Yo traté de tranquilizarlo, diciéndole que por ahora no tenía nada que temer. Le recomendé mucho reposo para evitar una posible reproducción del ataque. El me escuchó con frialdad y sin decir una sola palabra. Cerró luego los ojos.

Pasamos al comedor.

—¿Qué es lo que tiene? —me preguntó Arturo—. Nunca ha estado seriamente enfermo, que yo sepa.

—Tengo que reconocerlo más despacio. Pero no cabe duda, es angina de pecho. Ha arrojado membranas. Grave, desde luego, como todas las enfermedades a su edad. Pero hay algunos que se reponen y viven varios años. Depende de la solidez de su naturaleza.

—¿Qué crees tú que podemos hacer? —Me preguntó ella.

—No puede quedarse solo con los criados. Necesita alguien de la familia que lo cuide.

—No parecían muy preocupados. Yo sabía que Arturo nunca se había llevado bien con su padre. Este no se recató nunca de mostrarle su desprecio por su falta de personalidad.

—Podríamos llevarlo a casa —el gesto indeciso de Arturo se dirigía a su mujer—. ¿Qué crees tú? También podrían venir los criados.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Ahora es imposible el traslado —intervine yo—. Para atenderlo tendríais que veniros aquí, quizá por cierto tiempo.

—Yo creo que es lo mejor —apuntó Laura— además, no creo que él quiera salir de aquí... Ya sabes lo raro que es...

—No sé si querrá... Se lo diré...

Vaciló como de costumbre. Ella le animó:

—El necesita alguien de la familia a su lado. Este piso es más grande que el nuestro y cabremos todos con comodidad, mientras que allí...

Así quedó convenido, previo el permiso del coronel. Yo les advertí que tan probable era que fuese por poco tiempo como por tiempo indefinido. Ellos asintieron mudamente, sin dejar retratar ninguna emoción.

\*\*\*

El anciano, a pesar de su constitución robusta, fue empeorando de una manera constante. Llegó a levantarse de la cama, sin embargo, en algunos días en que la atmósfera se le hacía pesada y asfijante entre las sábanas. El verano caliginoso en este pueblo del sur no favorecía su amenazada vida. Por las tardes, ya caído el sol, ayudado por Basilio, se vestía muy ligeramente y se sentaba en un butacón frente a la ventana, buscando respirar el poco frescor que la noche iba depositando sobre la tierra.

Aquella hemorragia que tuvo le impidió que se ahogara. Sin embargo, su decaimiento se hacía cada vez mayor. Yo entonces buscaba una causa de su progresiva debilidad —que no podía achacar a su angina— y en mi torpeza indagaba tenazmente en aquel organismo buscando una explicación a mis conjeturas. Ahora han pasado algunos años y me he dado cuenta de que a veces la pobreza de la sangre, el agarrotamiento de las articulaciones o la creciente disminución vital de un enfermo pueden obedecer tanto a causas puramente físicas como a procesos dolorosamente morales.

Yo iba a visitarlo cada dos días. La enfermedad había estragado su cara, haciéndole adquirir una demacración angulosa. Su exagerada palidez no había desaparecido. El alimento que ingería, extraordinariamente abundante pesar de mis restricciones, no servía para aumentar una onza de grasa ni de fuerza en aquel cuerpo que se estaba consumiendo por alguna causa misteriosa.

Una tarde llegué a la casa. En el jardín estaba el pequeño Luis, el hijo del matrimonio, jugando a los bolos con el hijo del jardinero.

—El abuelo está durmiendo —me dijo—. Papá y mamá han ido al teatro. En casa sólo está Basilio.

—Ya.

Apreté los labios. Me sentí un poco irritado contra ellos. Ya les había prevenido que el desenlace podía ocurrir en cualquier momento. Con la actual debilidad del anciano, la reproducción del ataque, por pequeño que fuese, bastaría para hacer añicos aquella frágil vida.

Salió a abrirme Basilio.

—El señor está descansando en el butacón. Se ha quedado dormido. No le esperábamos, señor.

—Sí, ya sé que hoy no me toca venir, pero estoy cada vez más preocupado por su estado.

—Sí, señor. También todos estamos preocupados aquí —vaciló un momento—. Los señoritos han salido...

Me miraba como disculpándose. Me pareció un hombre sencillo y me esforcé en sacarle algo sobre su amo.

—Creo que hace poco que está usted a su servicio...

—Al del señor coronel —se apresuró a decir—. Al del señor coronel, exclusivamente. Sí señor. Un par de años.

—Ya veo que está contento con él —Me aventuré a decir.

—Sí, señor. El señor coronel es muy bueno. Nos trata a los criados muy bien. Los señoritos —aquí vaciló, mientras sonreía con tristeza— son más impulsivos...

En aquel momento sonó un timbre. El criado se apresuró, diciéndome:

—El señor ha despertado. Le anunciaré su llegada.

Al cabo de unos momentos me hizo pasar. El enfermo, envuelto en una amplia bata gris, estaba sentado a la ventana. La habitación estaba suavemente impregnada de crepúsculo, con el fondo del juego de los niños en el jardín.

—Adelante, doctor, adelante —me dijo con animación—. No le esperaba hoy, pero sea bienvenido. Basilio, trae al doctor lo que quiera. Hoy me encuentro eufórico no sé por qué y quiero recibirlo como amigo, no como médico. ¿Qué quiere usted? ¿Una copa de Jerez, una taza de café, un poco de Tokay? Pida lo que quiera.

Yo me había sentado en un sillón frente a él y le observaba con atención. Entregué mi maletín a Basilio, pidiéndole un Jerez.

—Traígame otro a mí —pidió su amo—. Ya sé que no es muy ortodoxo, pero... ¿Qué caramba! Estoy harto de sus prohibiciones. ¿Usted qué dice a eso, Jorge? No le llamaré doctor, para estar más en ambiente.

—Tome lo que le parezca. No le conviene, pero no sé si le resultará peor la prohibición que el vino.

—¡Bien hablado, Jorge! Ya veo que es usted un hombre que comprende.

El criado volvía ya, trayendo lo pedido. Lo puso en una mesilla entre los dos, sirviendo a cada uno y retirándose.

—Tengo pocas visitas —aclaró, como disculpándose—. Y a usted quiero aprovecharlo tomándolo como tal.

Yo probé el amontillado, recostándome en el sillón.

—Vendrán a verlo sus compañeros de armas. ¿No?

La cara se le nubló de repente, contrayéndose sus labios consumidos. Reponiéndose, sin embargo, paladeó el licor mientras me miraba con fijeza.

—Aquí en Laverna no los tengo. Además, casi todos han muerto. Y aunque no hubieran muerto y estuvieran aquí. ¿Quiere usted que venga a ver a un viejo enfermo?

Tuvo una sonrisa jovial que, ante mi mirada, se enfrió de pronto en su boca. Pareció tragar aire con dificultad y sus ojos se empañaron con un vaho de pesada tristeza. Bajó la cabeza y su voz fue amarga:

—Nadie quiere ver a ver ni cómo me muero.

Quedamos callados. El, con la cabeza agachada, yo, sorprendido, viendo como aquellas palabras lapidarias terminaban con su alegría del principio. Aquel viejo orgulloso, herido fulminantemente por la enfermedad, se confesaba conmigo en un momento de debilidad del que quizá luego se arrepentiría. Yo tenía unos deseos terribles de conocer el interior de aquél hombre. Para sondearle, le dije que sus hijos le eran suficiente y que su nieto le podía proporcionar consuelo y compañía.

—Mi hijo está con su mujer en el teatro y Luis, ya lo ve usted —y señaló a la ventana— no puede estar cinco minutos a mi lado. Es natural. ¡Me he preocupado tan poco por ellos! Están desando heredarme. Ellos han tenido bastantes dificultades y quieren vivir como yo he vivido. ¡Es tan lógico!

Yo callé, esperando más. Vi que tenía ganas de confiarse y que seguiría hablando. Con la copa entre los dedos, miró pensativo hacia el jardín, donde Luis y el hijo del jardinero se disponían a apedrear a una de las palmeras que se erguían en la linde de la finca.

—Y los viejos camaradas —susurró con sarcasmo—. A los viejos camaradas es mejor olvidarlos. O están muertos o están lejos —aquí su boca se crispó— o se han vuelto odiosos. ¡Hemos intervenido tantas veces en acciones que no podremos olvidar nunca...! Hace años recibí una carta de un antiguo compañero que se estaba muriendo. ¿Sabe usted lo que es recibir carta de un moribundo? ¿De un hombre que sólo tiene la

muerte por delante? Me escribía con una letra temblona, que yo entonces calificué de cobarde, sobre lo que pensaba de lo que habíamos hecho en nuestros años de activo. Por lo visto, estaba destrozado por los remordimientos. Las cosas que habían pasado en África, Cuba y Filipinas y en las que él había intervenido tanto como yo, lo traían loco desde el momento en que creyó que iba a morir. No encontraba asidero por ninguna parte y a mí me hizo pensar. Los recuerdos, que ya estaban bastante endurecidos por los años y la distancia, empezaron a robarme la tranquilidad a mí también. Fue aquella una época dura en la que nos vimos precisados a hacer cosas que en período normal nos habrían horrorizado. Y en algunas ocasiones los hechos eran excesivos y solo se veían sobrepasados por los que venían después, que ya no nos causaban asombro ni dolor. Llegó un momento en que ya sólo importaba vivir lo mejor posible. Todo lo demás no importaba nada. E hicimos cosas —inclinó la cabeza— que fueron verdaderos crímenes. Sí, lo eran sin remisión. No nos importó considerar bandidos a quienes defendían lo suyo, y proceder como si fueran tales. Partiendo de unas arbitrarias convicciones que llegaron a cegarnos a nosotros mismos, llegamos a ordenar a las tropas verdaderas eliminaciones en masa. Nadie nos pedía responsabilidades y teníamos el derecho de las armas. Había pillajes en gran escala, justificado por la seguridad general, con incautación de bienes de aquellos que no querían contribuir. Y aquella carta, llegada en el momento más inoportuno, cuando ya se podían valorar con frialdad aquellas pasadas situaciones, venía a ser como un puñal, entrando en la carne ya tranquilizada de sangre. Con ella venía otra de un familiar suyo, comunicándome su muerte. Aquellos días y aquellas noches fueron terribles. Pero más tarde, cuando pasaron unos meses, como me encontraba muy bien de salud, acabé por olvidarla. Para no volverme a acordar la quemé.

—Y siente ahora haberlo hecho. ¿No?

Apartó su mirada del jardín, fijándola en mí con una expresión extraña, una expresión que yo recordaba haber visto en alguna otra parte.

Me esforcé en localizarla. Él había quedado silencioso, como si le costara demasiado responder a mi pregunta. Mi cerebro hurgaba en busca de aquella sensación perdida, que yo anhelaba situar para saber lo que querían decir aquellos ojos enigmáticos. De improviso, recordé con precisión lo que quería.

En los hospitales militares, en algunos moribundos, se presentaban inexorable aquella expresión de cansancio animal que tenían ahora los ojos del coronel. Vi que se trataba de hombres curtidos, por lo regular legionarios que habían asistido ya muchas veces a la guerra y de la que habían sacado aquella uniforme expresión. Era como si contemplaran un mundo distinto de todos los conocidos, como si la sangre que habían derramado hubiera quedado impresa indeleblemente en su cerebro, en su corazón y en su memoria, prestando aquella animación turbia a sus ojos, como si el recuerdo de sus víctimas les impidiera para siempre la soledad absoluta a que aspiraban.

No quise repetir mi pregunta. Preferí aguardar, quería conocer el fondo. Él parecía deseoso y reacio al mismo tiempo. Al fin, escrutando con fijeza mi cara y casi deletreando las palabras, dijo:



—No lo sé. Era una carta sencillamente odiosa. O-di-o-sa. Esa es la palabra. Al cabo de unos días, ya le dije, me pareció lo mejor hacerla desaparecer. No habría encontrado la tranquilidad necesaria para seguir viviendo.

—¿Y la tiene ahora? —Le miré sombrío.

—Tampoco, pero es distinto...

Quedó pensativo. Yo tenía la sangre revuelta por aquel relato de horror. Veía que lo que se decía en el pueblo era verdad, que el coronel, tras su máscara de burlona bonhomía, guardaba terribles recuerdos.

Él notó que yo estaba demudado. Volvió la cabeza.

En el jardín los niños habían dejado de apedrear la palmera. Ya no había luz suficiente para el juego.

Yo sentía crecer una bola de asco en mi garganta. Sin embargo, procuré recordar qué es ser médico.

—Creo que ante eso —dije con frialdad— sólo cabe una solución.

—Cabén muchas —replicó él, mirándome con tal fijeza, que me vi obligado a desviar la vista de aquellos ojos duros y opacos—. Pero —volvió a bajar la cabeza, hablando en voz muy baja—. Pero hay que tener valor para tomar decisiones.

Yo callé, creyendo adivinar. Me levanté, dije una excusa y me dispuse a marchar. Él levantó la cabeza.

—¡Ah! ¿Se marcha ya? ¿No quiere tomar otra copa?

—No, gracias —respondí con el tono más normal posible—. No acostumbro a beber.

Sonrió forzado.

—Ya veo que me desprecia. Usted ha oído hablar mal de mí y ahora lo ve confirmado. ¿No...?

—Sí, y...

La puerta de la habitación se abrió, interrumpiéndome. Entró Luis. Traía algo en la mano.

—¿Qué traes? —Le preguntó su abuelo. Con disimulo, respiró aliviado.

El niño se acercó a la mesita.

—Un pájaro. De la primera pedrada salió pitando para abajo. Está muerto.

El animal cabía cómodamente en la palma de su mano. Tenía el pico manchado de sangre. Luis lo dejó sobre la mesilla. El coronel lo miró con atención.

—¿Por qué lo has traído aquí?

El niño se encogió de hombros.

—No sé... Para que lo vieran ustedes...

Luego se acercó al enfermo, sentándose en el brazo del butacón que ocupaba éste. La cara marchita de don Fernando contrastó agudamente con la suya, viva y juvenil. El abuelo acarició su cabeza, pensativo, con los ojos fijos en el pájaro. Me miró de soslayo.

—¡Qué pequeño es un pájaro! —Susurró— ¡Y cuánta vida cuando está vivo! Nosotros tenemos una vida en apariencia más sólida, pero... ¡Qué pronto nos acabamos cuando algo nos hiera! Somos tan frágiles como un papel de fumar...

Me volvió a mirar. Yo seguía de pie, aguardando ávido. Tenía la intuición certera de que algo iba a producirse. El reloj de la habitación dio una sola campanada. Afuera había anochecido totalmente, entrando la oscuridad por la ventana. El coronel volvió el brazo, haciendo girar el conmutador del flexor que había sobre la mesilla de noche. Él y el niño se encontraron súbitamente de espaldas a la luz, con el rostro en sombras. De mí, sólo las piernas estaban iluminadas. La luz intensa del corto flexor caía de lleno sobre las copas de vino, haciendo relucir su cristal. A su lado, el cadáver del pájaro.

El viento susurraba tenue entre las hojas temblorosas del jardín. El niño, fatigado, había cerrado los ojos, apoyándose en el viejo. El silencio era tan intenso que la atención podía multiplicarse infinitamente por sí misma.

El anciano miraba al pájaro fascinado. Su cara estaba poseída de una vaga somnolencia y entre sus ojos entrecerrados brillaba una llanita. De improviso, pareció despertar. Sacudió ligeramente al niño.

—Anda, Luis, déjanos solos...

Y haciéndolo ponerse en pie, lo hizo salir del cuarto.

Yo lo miré con ironía, pero su gesto grave me contuvo. Puso sus manos sobre la mesa. Un grueso anillo se destacaba en ellas.

—Nuestra vida es tan frágil como un papel de fumar... Primero brilla como el cristal de una copa y luego se apaga y queda más vacía que la muerte de un pequeño pájaro... —Se dejó caer hacia atrás, con la mirada turbia—. Ahora pienso que no valía la pena haber cometido en mi vida tantas iniquidades si a última hora llegaré a quedar más pequeño que este pájaro... Puedo morir dentro de cinco minutos y todo lo que he vivido no servirá absolutamente para nada...

Me miró de lado. Se detuvo.

Yo solté una risotada. La bola de asco y de cólera amenazaba estallar en mi garganta.

—¿Es una comedia, mi coronel? Si es verdad que ha derramado usted ríos de sangre, que ha robado hasta reventar, que lo ha pisoteado todo, que ha conservado durante años el título de ladrón y de asesino, si habla usted tranquilamente de la honesta herencia que ha de dejar a su imbécil hijo cuando usted muera. ¿Qué es lo que aguarda, qué es lo que quiere? ¿Un perdón del cielo, la bendición de un sacerdote antes de morir en paz? Sería muy bello. ¿No es cierto? Y mañana su dinero amasado con bilis, con rencor y con sangre los disfrutaría su hijo queridísimo ¿no? Dinero ya purificado naturalmente, porque aunque él sepa su origen, no lo ha vivido y con un magnífico encogimiento de hombros gozará de la maravillosa herencia... No valía la pena de cometer tantas iniquidades... ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué el negocio no ha rendido lo suficiente? Usted, como los buenos burgueses que roban y crujen y que son muy bondadosos con sus criados, se arrepiente al borde del ataúd para que su buen hijo engorde después el capitalito del padre... No es mala táctica, no... Engañarse a sí mismo y conseguirlo además... ¡Negocio formidable! Instruya a su hijo para cuando le llegue la hora haga un lucido papel... Por más que el aprendizaje se hace de una manera continua y perfecta en su mundo. La cadena es así: Robo, asesinato y arrepentimiento en la primer generación. Consolidación de la fortuna, en la segunda... Y la tercera, manos libres otra vez... Ya digo, perfecto en sus menores detalles... ¡Oh, amigo, qué bien se ha estudiado eso en su mundo! ¡La perfecta organización de Vautrin!

El coronel yacía derrumbado sobre la butaca. Sus ojos me miraban con odio y terror.

—Ahora tiene usted los mismos ojos que tendrían sus víctimas cuando usted mandaba acuchillar. Y yo tendré sus mismos ojos de verdugo ¿no? Pues no me arrepiento, señor coronel. Algún día tenía que llegar. Compare usted, señor mío... Usted se arrepiente, usted confiesa, y la hiena de dos patas se va al cielo. ¡No, mil veces no! Yo ahora le digo con toda frialdad que no, que no puede haber compensación, señor coronel. Digan lo que digan quienes quieran, el peso de los muertos es irredimible por la última comedia que se realiza al dictado de los mandamientos eclesiásticos... O como en este caso, por esta indigna farsa que prolonga una infamias al permitir el disfrute de esos bienes mas allá de su muerte... ¿Y quién borra la sangre que usted ha derramado? Dígamelo, dígamelo...

\*\*\*

Madrid, Abril 1958

París, Octubre 1959

<http://www.manuelmoreno.info/principal.html>